

22.030 más Florencio Varela: sangre, mártires y testimonios

Emiliano Sued

En 1843, José Rivera Indarte cierra sus *Tablas de sangre* exclamando: “¡Qué precio tan subido cuesta a Buenos Aires la *suma del poder público!*”. Detrás de esta frase está el propósito del texto: determinar el precio de la suma del poder público mediante otra *suma*. Las *Tablas de sangre* son un *compendio* de algunos de los hechos narrados y analizados en *Rosas y sus opositores*, obra inmediatamente anterior, y una *sumatoria* cuyo resultado final es 22. 030. Esta cifra expresa la cantidad de muertes que Rivera Indarte le atribuye al gobernador de Buenos Aires. Sin importar cuán indirecta pueda ser su participación, sin importar si se trata de los caídos en una batalla iniciada por sus opositores, y sin importar que en esa batalla hayan muerto más soldados propios que enemigos, de todas esas muertes, para Rivera Indarte, el verdadero responsable es Juan Manuel de Rosas.

En 1842, Rivera Indarte escribe lo que podríamos llamar la versión anterior de las *Tablas*, titulada *Efemérides de las matanzas y los degüellos de Rosas*. El orden calendarista de este primer texto será sustituido al año siguiente por el orden alfabético: los muertos que antes ocupaban una posición de acuerdo con la fecha de su muerte, en el texto del 43 aparecen ordenados a partir de la primera letra de su apellido. Si nos preguntáramos qué promueve este cambio, una primera hipótesis estaría vinculada con las posibilidades que habilita el orden alfabético, en comparación con las que brinda el calendario. Por singular o extraña que pueda resultar una entrada de un texto compuesto por elementos que han sido ordenados alfabéticamente, es indiscutible que todo aquello que quiera ser incorporado solo demandará tener un rótulo o que, en su defecto, se lo rotule *ad hoc*; así ingresan a la tabla elementos que difícilmente puedan ser fechados, como por ejemplo *Resbalosa*, ubicado a continuación de *Raya* (un apellido) y antes de *Reynoso* (otro apellido).

El texto correspondiente a dicha entrada dice: “Suplicio inventado por Rosas. La víctima amarrada de los brazos y completamente desnuda es tomada por sus asesinos, que le van siguiendo, con un cuchillo o sierra desafilada, los compases de una canción brutal y obscena, sobre la garganta del paciente, lentamente y en medio de brutales vivas, hasta separarle la cabeza del tronco”. Esta definición, que no aporta a la suma, insinúa cierta intención de darles a las *Tablas* una superficie enciclopédica. El texto cumple con los parámetros estilísticos de un libro de consulta, y, desde el punto de vista de la sintaxis, se ajusta a la de la mayor parte de las entradas, en las que predomina la voz pasiva y Rosas es el principal complemento agente. Es decir que el ordenamiento alfabético, quizá no del todo explotado (o explotado de manera poco consecuente) por Rivera Indarte, acoge el índice de víctimas o sumandos, al mismo tiempo que habilita algún que otro punto de fuga que extiende o pone en crisis las fronteras de las tablas de *la sangre derramada por culpa de Rosas*. Como si la sangre, más que la rígida y sólida tabla, fuese el medio voluble que puede

contener la heterogénea totalidad de los nombres que habilitan una referencia a la larga serie de crímenes o faltas cometidas por Rosas y sus aliados o seguidores.

Además de los apellidos de las víctimas, encontramos los de algunos victimarios, como por ejemplo el fraile *Aldao*; los de testigos que declaran lo que han visto u oído respecto de alguna muerte; nombres de meses, que sirven para recordar acontecimientos que, en algunos casos, exceden el período gubernamental de Rosas y nos remiten a sus años de juventud; lugares donde se libran batallas, combates, guerrillas y otras acciones militares, o donde, sin enfrentamientos, tienen lugar fusilamientos o diversos crímenes, como en *Santos Lugares* y *Barranca Yaco*; periódicos y otros textos, como circulares; otros apellidos que, sin ser el de alguna víctima pero sí el de alguien que tenía alguna relación con ella, brindan la posibilidad de nombrar y sumar a un N.N.; instituciones que han sido cerradas (como *Hospitales*, *Universidad* y *Huérfanos*); oficios u ocupaciones que permiten nombrar a un grupo de víctimas cuyos nombres se desconocen (como por ejemplo *Pescadores*); *Ezcurra* y, entre paréntesis: “La Encarnación”, que da lugar al relato de los abusivos requisitos decretados por Rosas como señales de luto por la muerte de su esposa, y los correspondientes castigos para aquellos que los incumplieran; y la poco categorizable *Sorpresa*, que remite a la desafortunada circunstancia militar sufrida por Lavalle, *sorprendido* por el enemigo en Terezún, con la fatal consecuencia de 28 “patriotas” (los del bando enemigo serán “soldados de Rosas”) muertos. En síntesis, una larga lista de sustantivos propios o comunes y un texto que justifica su inclusión, mediante los cuales Rivera Indarte pretende *enseñar* el universo de la barbarie rosista.

La confección de las *Tablas* es apenas posterior a la formación de lo que el texto denomina una “comisión pública establecida en Montevideo para recoger testimonios sobre las atrocidades del ejército de Rosas en la República Oriental”. Es decir que una de las fuentes principales de lo publicado por Indarte es el registro escrito de los relatos orales de aquellos que durante julio de 1843 –meses después del comienzo del sitio de Montevideo– se presentaron ante dicha comisión. En su mayor parte soldados, no son siempre testigos oculares, en algunos casos cuentan lo que les han contado, y los hechos referidos no solo abarcan la República Oriental, sino también el territorio argentino. Cada uno de ellos, por sus apellidos, constituye una entrada de las *Tablas*. Luego de una breve presentación, leemos la cita textual de su declaración, cuya sintaxis se ajusta al modelo característico; por ejemplo la del Teniente D. Ramón Almirón dice: “declaró ante la Comisión encargada de averiguar los crímenes de Rosas, que vió matar en la batalla del Quebrachito al parlamentario D. Rufino Varela, por orden de Oribe, que vió, pocos días después, degollar al Teniente Coronel Mones, porque no podía caminar; que degollaron en Córdoba a dos hombres... etc.”.

Si, como sostiene Paul Ricoeur,¹ el testimonio es una relación dual, porque está el que testimonia y el que recibe el testimonio, un elemento de esa sintaxis de la declaración se vuelve clave para observar dicha dualidad. El incluyente *que* del estilo indirecto, que en este tipo de textos se repite con monotonía ante cada nueva estructura subordinada, recupera, mantiene presente, la instancia oral en la que alguien le contó algo a otra persona. Es una garantía no tanto de la palabra del otro en cuanto a fidelidad en la reproducción, como

¹ “La hermenéutica del testimonio”, *Fe y filosofía. Problemas del lenguaje religioso*.

de la existencia de una interacción oral previa al texto escrito. El *que* es la marca del que escucha; el oyente se materializa, se mete en el discurso del otro, afirma su presencia, mediante este incluyente.

También de acuerdo con Ricoeur, “la acción de testimoniar tiene una vinculación íntima con una institución: la justicia”, donde funciona una de las usinas del relato sobre la barbarie rosista. Allí el testimonio cobrará la forma de un documento y se mezclará entre los argumentos que en el discurso histórico, periodístico o literario traccionen a favor de una posición política. Pero detrás del relato está el testigo, término cuya etimología permite a Ricoeur indagar otros usos. Que la palabra griega para testigo sea *martyr* extiende las posibilidades del análisis. Cuando “el testigo –dice Ricoeur– es capaz de sufrir y morir por lo que cree. Cuando la prueba de la convicción se paga con la vida, el testigo cambia de nombre: se llama mártir”. Y a partir de aquí el testimonio puede ser entendido –continúa Ricoeur– como una acción, una obra, “el movimiento de una vida, en tanto constituyen la señal, la prueba viviente de la convicción y la consagración de un hombre a una causa”.

En 1846, Esteban Echeverría reedita en Montevideo el *Dogma socialista*, con una introductoria “Ojeada retrospectiva” que pasa revista a la actuación de aquella joven generación del 37 que quiso separarse de la herencia unitaria y tuvo que enfrentarse –hasta el exilio o la muerte– a un gobierno que no reconocía sus prerrogativas para participar de la creación y ejecución de un proyecto nacional. Después de nueve años de lucha, Esteban Echeverría dedica esta nueva edición de 1846 a algunos ilustres caídos, incluidos todos ellos en las *Tablas* de Indarte. Se trata de “Avellaneda, Álvarez, Acha, Lavalle, Maza, [Rufino] Varela, Berón de Astrada y en su nombre a todos los mártires de la Patria”; y a continuación dice: “¡Mártires sublimes! A vosotros dedico estas páginas inspiradas por el amor a la Patria, única ofrenda que puedo hacerla en el destierro...”. Para Echeverría, la figura del mártir resulta muy productiva a la hora construirse como personaje romántico; pareciera ser un ideal que se mantiene a una distancia de la que nace el sufrimiento; una distancia que se traduce en el dolor *romántico* de no poder ser, observable cuando dice: “Envidio vuestro destino. Yo he gastado la vida en los combates estériles del alma convulsionada por el dolor, la duda y la decepción; vosotros se la disteis toda entera a la patria”. Como si su condición romántica se definiera a partir de ese deseo incumplido/incumplible de ser un mártir. Si hay martirio, hay sufrimiento y muerte, un sufrimiento trascendente. El personaje romántico que encarna Echeverría sufre por no poder sufrir la suerte, la muerte, del mártir.

En marzo de 1849, José Mármol, a modo de síntesis retrospectiva, sentencia: “El año 48 ha sido testigo de muchos desengaños y muchas desgracias en el Plata”. Se trata del comienzo de un folleto titulado *Asesinato del Sr. Dr. D. Florencio Varela, redactor del COMERCIO DEL PLATA, en Montevideo*. Esta vez el que testimonia es el tiempo, la historia contemporánea. Entre los desengaños, aunque Mármol no lo diga, está la falta de entendimiento con los ingleses y los franceses para que concreten un nuevo bloqueo sobre las aguas del Río de la Plata. Entre las desgracias, aunque no haga falta decirlo, el asesinato de Florencio

Varela, el “mártir de los mártires” dirá Sarmiento² décadas más tarde; una definición que contiene su intención de hacer brillar el sepulcro donde, gracias a la hospitalidad de la familia Varela, se hospedó el cuerpo de Dominguito, el niño mártir.

Sobre el final de *Rosas y sus opositores*, Rivera Indarte presenta las *Tablas* como el complemento estadístico que, luego de calcular las pérdidas económicas originadas por “los robos y dilapidaciones” de la administración rosista, permitirá sopesar las pérdidas que la Argentina “ha sufrido en sangre humana”. Si Indarte no hubiera muerto en el año 45, y hubiera pensado en una nueva edición actualizada de sus *Tablas*, la sangre de Florencio Varela podría haber sido sumada al total alcanzado en el 43. Justamente Varela, que en ese mismo año —cuenta la leyenda— cruzó el Atlántico con las famosas *Tablas* para mejor convencer a los europeos de la crueldad de Rosas.

Pero Varela no era uno más, o, en todo caso debía, según lo define Sarmiento, ocupar un lugar destacado entre los mártires de la lucha contra Rosas. De acuerdo con Mármol, Varela y la intervención anglofrancesa eran equivalentes; la única diferencia era que Varela era *puñeable* y la intervención no. Por eso sobre el final de su folleto se lamenta de esta manera: “Decir que la libertad ‘no perece’ es decir una verdad, pero una verdad muy abstracta [...] Los principios no perecen, pero parece la práctica de ellos, cuando no hay manos que los recojan y los diseminen; y el más santo de los principios, poco o nada valdría para la sociedad, si sólo hubiera de tener existencia allá en la atmósfera de las teorías”. El asesinato de Varela, entonces, es casi el degüello de las ideas. El hecho ocurre durante su exilio en la Banda Oriental, transcurridos ya cinco años del largo sitio. Pero a diferencia de los hechos de sangre narrados por Sarmiento en su carta desde la cosmopolita “Montevideo”,³ donde escucha los relatos sobre la *resbalosa* ejecutada en los puestos avanzados del ejército oribista, Varela muere *intramuros*, es decir, del lado de la civilización. Varela reúne en un sintagma copulativo los términos de la disyuntiva formulada por Ricardo Piglia⁴ en su lectura del *Facundo* y “El matadero”: ya no exilio o muerte, sino exilio y muerte.

Frente a la imaginaria posibilidad de que Florencio Varela se transformara en una entrada de una segunda edición de las *Tablas*, resulta oportuno destacar algunas diferencias de estilo entre el texto de Indarte y el folleto del 49. La pluma de Mármol no se decide, duda, al encontrarse con el cuerpo del mártir. Por un lado, es fácil observar que su relato, más que horrorizar, se propone conmover; por otro lado, su instinto romántico lo lleva a *cubrir* la escena sublime con el detalle grotesco: poco después de cometido el crimen, leemos que el cuerpo de Varela, “en quien la actividad del espíritu y la labor de la inteligencia eran las fuentes copiosas de la savia de su existencia, ¡quedó tendido en el suelo de una zapatería, y cubierto con la cortina de lona de una puerta!”.

En las *Tablas de sangre*, Indarte transcribe la declaración de un testigo que cuenta que en el campo de Oribe los ejecutores de los degüellos son tan inmorales y desalmados que suelen lamer el cuchillo ensangrentado con que han sacrificado a la víctima, tomar la sangre en sus manos y beberla. Del mismo

² Capítulo VIII: “Curupaití”, *La vida de Dominguito*.

³ *Viajes por Europa, África y América*.

⁴ “Echeverría y el lugar de la ficción”, en *La Argentina en Pedazos*.

modo, Sarmiento en “Montevideo” nos cuenta que el encargado de hacer resbalar el cuchillo por la garganta del enemigo se acercaba a la víctima y con la precisión de un anatomista abría en el cuello la vena yugular, para que empezase a desangrarse lentamente. Así, también el mashorquero de Ascasubi,⁵ en esa torsión –diría Lamborghini–⁶ que funde horror y algarabía, le cuenta a Jacinto Cielo cómo los unitarios *refalan* en su propia sangre.

El texto de Mármol sobre la muerte de Varela es –hasta cierto punto– diferente; la sangre del mártir aparece adjetivada: es noble y generosa, hipálage de la nobleza y la generosidad de la víctima. Sin embargo, el relato inmediatamente se desplaza hacia la precisión morbosa y la medida, cuando Mármol nos cuenta que durante el traslado del cuerpo de Varela hasta la Iglesia Matriz para que allí sea velado, la sangre noble y generosa se filtra por las junturas del cajón y sirve para regar *cinco cuabras* de la ciudad de Montevideo.

La prosa romántica y la intención de conmover se mezclan también con cierta voluntad realista y con una propuesta documentalista. Para dar cuenta de la herida de Varela, el texto incorpora el discurso forense. También aparecerán los testimonios de los cómplices del asesino y de aquellos que han visto u oído algo en relación con el crimen, cuyas declaraciones ante las autoridades serán presenciadas por el propio Mármol, convertido de este modo en testigo del testimonio. Así, el relato del crimen adquiere por momentos la forma del informe judicial. La prosa se contagia del proceso y se carga de precisiones espaciotemporales, de medidas, de datos sobre la dinámica social de la ciudad y de información circunstancial; todo ello colabora con el razonamiento causal y responde al proyecto de construir una verdad que se incorpore al relato de la historia contemporánea; en síntesis, rasgos formales, decisiones estéticas que se repetirán años después y matizarán el romanticismo de *Amalia*, cuyo comienzo puede encontrarse en la entrada “Linch” de las *Tablas* de Indarte, y en cuyas páginas, F. Varela todavía está vivo para colaborar con los comienzos de la novela argentina.

Emiliano Sued

⁵ “La refalosa”, *Paulino Lucero*.

⁶ “El gauchesco como arte bufo”, en Julio Schwartzman (dir. del volumen), *La lucha de los lenguajes*, volumen II de Noé Jitrik (dir. de la obra), *Historia de la literatura argentina*.